

COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS

EL MALAGUEÑO S^eLOMO^h IBN GABIROL, POETA Y ESTILISTA ARABE (1020 - 1058) *

I. *Consideraciones previas*

EN este ponderativo y merecido recuento de las glorias malagueñas correspondientes a la época hispano-musulmana, no podía faltar un recuerdo, con honores de entusiástico panegírico, del eminente filósofo y altísimo poeta S^elomo^h ibn Gabirol, reverberado con la luminosidad de la investigación sobre su personalidad y sus obras, siquiera sea solamente sobre una faceta apenas estudiada, a pesar de su importancia capital, en la forma esquemática y condensada propia de estas Sesiones de Cultura hispanomusulmana, y de todos los Congresos similares, realizada por este humilde, aunque denodado operario de las Letras semíticas en España. Por otra parte, la figura de Ibn Gabirol es de tal magnitud y polifacetismo que no cabe en los estrechos moldes de una comunicación, conferencia o lección, lo cual impone la necesidad de fraccionarla para su estudio, considerando únicamente alguna de sus riquísimas facetas.

S^elomo^h ibn Gabirol es una auténtica y triple gloria: *malagueña*, puesto que Málaga fue su cuna y aquí recibió sus pri-

* Comunicación leída en las V Sesiones de Cultura hispano-musulmana, celebradas en Málaga los días 9 al 17 de diciembre de 1966.

meras e indelebles impresiones, allá en aquel prodigioso siglo XI español; *hebreá*, porque perteneció a la estirpe judaica, en su rama española, y en esa lengua, el viejo idioma bíblico, remozado y enriquecido con nuevos e insospechados primores en el Medievo hispano-musulmán, por influjo de esta cultura, compuso maravillosos poemas de sobrehumana inspiración; y, finalmente, *arábigo-musulmana*, porque siendo el árabe su lengua materna y su primera fuente de ilustración, como la de todos los radicados en la España islámica, en ella escribió sus obras filosóficas, en parte conservadas de una u otra forma, y muchos de sus poemas, desgraciadamente perdidos. En suma, es un noble blasón hispano-hebraico-arábigo, de valores universales, alma privilegiada, uno de esos escritores geniales que son honra y prez de la lengua o lenguas en que escribieron, del país que fue su patria y de la humanidad entera, como astros esplendorosos que iluminan el firmamento literario.

En razón de sus múltiples destellos y las limitaciones susodichas, hemos elegido para nuestra comunicación este simple y sugestivo aspecto, de numerosas conexiones y profundas irradiaciones dentro de su aparente simplicidad, sintetizado en el título: "*El malagueño S^clomó^h ibn Gabirol, poeta y estilista árabe*".

Tras este breve exordio, quizá no estén de más algunas consideraciones preliminares. En los poetas y escritores hebraico-españoles que vivieron en la España musulmana se da una curiosa circunstancia, que importa poner de relieve y también dilucidar. Compusieron gran parte de sus obras de todas clases, poéticas, retóricas, filosóficas, científicas, exegéticas, jurídicas, etc., en lengua arábigo, dado que no solamente ese era su idioma nativo, como oficial y vernáculo en esos Estados¹, sino porque, además, gozaba merecidamente a la sazón de los

¹ Una prueba de ese estado lingüístico de los judíos, radicados en los reinos musulmanes de la Península y de su usual empleo de la lengua árabe, como igualmente del romance en los reinos cristianos, con absoluta postergación de la hebrea, la tenemos en la lamentación del propio Ibn Gabirol en la Introducción a su gramática hebrea en 400 versos acrósticos, titulada *«Anaq»* («Collar de piedras preciosas»), de la cual sólo una cuarta parte se nos ha conservado: «Los unos —dice— hablan la lengua de Edom (sc. romance de los cristianos) y los otros, la lengua de los hijos de Quédar (sc. árabe)».

En cuanto a la influencia árabe en la formación intelectual y literaria de los es-

honores y carácter de lengua científica entre los judíos y también los mozárabes españoles, al modo que el latín en aquellos mismos siglos y bastantes después, en los países cristianos de incipientes hablas romances, que, en un estadio totalmente inverso al milenarismo idioma bíblico, hallábanse, al igual que éste, en condiciones de penuria léxica sintáctica y fraseológica para expresar cumplida y cabalmente los complejos mentales de aquellos siglos en plena fermentación ideológica y ardorosa efusión sentimental.

Sin embargo, como quiera que la mayor y mejor parte —salva siempre la verídica sentencia "*habent sua fata libelli*"— de aquella producción árabe se tradujo al hebreo, en muchos casos se perdió el texto original arábigo, sobre todo el magnífico acervo poético de aquellos vates hispanojudíos casi totalmente naufragado en el océano del tiempo, y, por otra parte, han sido principalmente investigadores de estirpe hebraica o eruditos hebraístas quienes se han ocupado de esos escritores, resulta que no se ha valorado en todo su alcance, y aun diríamos se ha prestado muy escasa atención a esa literatura judeo-árabe en su aspecto formal y a la aportación y méritos personales, incluso, de los primates de esa literatura, tan interesante en múltiples aspectos. Los historiadores árabes, con raras excepciones, como la que después mencionaremos, han sido muy parcos en ocuparse de los personajes judíos, políticos o literarios, de la España musulmana ².

critores hebraicoespañoles, hecho, lo mismo que el anterior, ya universalmente reconocido, baste recordar las palabras de A. F. de Schack (*Poesía y Arte de los árabes en España y Sicilia*): «Toda la escuela poética neo-hebraica española se había formado sobre modelos arábigos».

² Como muestra de ese desinterés por la literatura judeo-árabe en las obras generales o las que versan sobre los escritores hispanojudíos, véase la paupérrima indicación de la por lo demás todavía prestigiosa *The Jewish Encyclopedia* (t. II, pp. 59-60), sobre el tema (*Arabic poetry*) de principios de siglo.

«A number of Jewish poets writing in Arabic lived in Spain; but, unfortunately, hardly more than their names have come down. Among them are: Moses ben Samuel ibn Gikatilla (11th century), Abraham ibn Sahl (Seville, 13th century) Nasim al-Israeli (Seville), Abraham Alfakar (13th century, Toledo), Ismail al-Yahudi and his daughter Kasmunah. All of these wrote *muwashshah* poetry».

A eso se reduce una materia tan vasta y sugestiva, sin que pueda servir de excusa la pérdida irreparable de la mayor parte de esa producción poética judeoarábica, de la

Los mismos críticos y comentaristas, de cualquier esfera, y hasta los editores y traductores de las obras conservadas han parado mientes más que nada en su contenido, doctrinas filosóficas o teológicas, enseñanzas lingüísticas, esencias bíblicas, etc., pero poquísimo en los primores estilísticos y méritos de dicción —hablo de las obras judeo-árabes—, a pesar del papel relevante que la forma reviste en toda obra literaria. Hay que hacer, sin embargo, una excepción, para el caso que nos ocupa, en la persona del preceptista y crítico literario, además de poeta eximio —uno de los cuatro primates de la literatura hebraicoespañola—, gloria de Granada, Mošéh^h ibn ‘Ezra, cuyas referencias de Ibn Gabirol hemos de citar en este sucinto estudio. Maestro consumado en la lengua y la literatura árabe no menos que en la hebrea, y peritísimo poeta en ambas, era el más capacitado para enjuiciar los méritos artísticos, tanto en árabe como en hebreo, de su correligionario Ibn Gabirol, cuya muerte coincidió, año más o año menos, pues ambas fechas son dudosas, con el nacimiento del poeta granadino: una estrella se apagaba y otra se encendía en el cielo de las Letras judeo-arábigo-españolas.

Después de él, nadie apenas entre la falange de escritores que se han ocupado del poeta-filósofo malagueño, ha puesto de resalte sus facetas y méritos sobresalientes como poeta y estilista en lengua árabe, si exceptuamos al último gran prosista hispanojudío, Yehuda^h al-Ḥarizí, que le dedicó unas pomposas y alambicadas alabanzas, cuajadas de sutiles referencias bíblicas, y el cadí Ibn Šā‘id de Toledo, prestigioso hombre de le-

que quizá no sería del todo injusto pasar su tanto de culpa —con toda clase de salvedades, y sin olvidar lo precario y azaroso de su existencia— a los mismos judíos medievales y posteriores, que se interesaron infinitamente más, y ello es comprensible, por la producción hebraica de sus correligionarios, o las traducciones a esta lengua, de originales en árabe, que no por la compuesta en lengua árabe, al menos por lo que a la poesía se refiere.

Sin duda los destinatarios musulmanes de muchos de esos poemas, monarcas, magnates o grandes señores, tampoco tuvieron especial interés en su conservación, en beneficio de la fama de sus autores y de las futuras generaciones. Pero, sobre todo, sin tratar de exigir responsabilidades por la pérdida de esa porción cultural tan estimable, ha de atribuirse al hado inexorable. Recordemos que un 70 por 100 de la literatura latina se perdió, y un porcentaje todavía mayor de la griega.

tras e historiador de la cultura, contemporáneo de Ibn ^eEzra y, por lo tanto, de la generación inmediata a la de Ibn Gabirol, a quien prodigó también subidos elogios, refiriéndose con toda seguridad a su producción poética y prosística en árabe tanto como a sus poemas hebraicos.

Como consecuencia de estas reflexiones, hemos creído de especial interés y de evidente justicia, en la tónica de estas Sesiones, atraer vuestra atención hacia ese aspecto, no precisamente nuevo, pero sí, repetimos, bastante descuidado, por no decir completa y sistemáticamente preterido, de la literatura judeo-arábigo-española, centrado en este astro de primera magnitud del orientalismo hispano-medieval.

II. *Esbozo biográfico*

S^elomó^h ben Y^ehudá^h ibn Gabirol, conocido entre los musulmanes por Abū Ayyub Sulayman ibn Yahya ibn Yabirul, y entre los escolásticos cristianos por Aben Cebrol a Avicebrón (por corrupción de su segundo patronímico), nació en la ciudad de Málaga reinando Abū Muhammad al-Qāsim al-Ma'mun ibn Hammūd, de la dinastía *hammudí*, una de las varias taifas berberiscas que surgieron de entre las ruinas del Califato.

No hay unanimidad entre los historiadores respecto a las fechas del nacimiento y óbito de Ibn Gabirol. Prescindiendo de otras opiniones divergentes que acortan o alargan la vida de nuestro poeta, señalaremos como más probables las de 1020 y 1057-58, respectivamente; vivió, según eso, unos treinta y ocho años, tiempo suficiente para lograr una madurez que, por otra parte, él había alcanzado ya en la adolescencia, ya que él mismo habla repetidas veces de su puericia, en relación con el cultivo de la poesía y la sabiduría, y confiesa que a la edad de 16 años tenía ya el corazón de un anciano ³ (lit. "de un octogenario"). Otros, como los anteriormente citados Ibn

³ No deja de ser curiosa la coincidencia de concepto y expresión, y a ese título nos place consignarlo, con el juicio que San Gregorio Magno formula al principio de su *Vida de San Benito* acerca del santo patriarca del monacato occidental: «*Ab ipso pueritiae suae tempore cor gerens senile*» dotado desde su más tierna infancia de una cordura —literalmente, corazón— de anciano).

‘Ezra y Al-Ḥarizí, interpretando erróneamente unas palabras del también mencionado Šā‘id de Toledo, y con ellos Steinschneider, Neubauer y Kaufmann, le suponen muerto antes de cumplir los 30 años; en cambio, los que prolongan su vida hasta el año 1070 (Zacuto, el autor de *Yūḥasin*, “Linajes”, al que siguieron diversos escritores medievales y modernos, tales como Munk, Geiger, Graetz, Sachs y Guttmann), admitida la indicada fecha de nacimiento, le suponen quincuagenario.

Como prueba fehaciente de dicha precocidad, con caracteres de auténtica madurez, conocemos cinco poemas⁴ compuestos apenas rebasados los tres lustros, el primero de los cuales, según afirma Sambarí, comprendía nada menos que la versificación de los famosos 613 preceptos religiosos contenidos en la Torá, según los rabinos.

Dotado de excepcionales condiciones para el estudio, y de un ansia incoercible de saber, hasta el extremo que su grande y única pasión durante toda su vida fue el amor a la sabiduría y la verdad, es natural llegara a dominar todos los conocimientos que a la sazón se impartían en las Academias y centros de ilustración de los reinos de Taifas donde vivió. Sus poesías rebosan de referencias a esas nobles aspiraciones.

“Para obtener una visión certera y completa de este poeta-filósofo —dice I. Davidson (*loc. cit.*)— habría que evadirse del presente y, dando un salto atrás sobre siglos y continentes, trasladarse a una de aquellas deliciosas ciudades españolas de hace 900 años”. Una de éstas era, evidentemente, Málaga, la patria de S. ibn Gabirol. Si bien es verdad que los azares de la vida, el espíritu errático del judío medieval y aun de todos los tiempos y lugares, juntamente con los afanes del saber y la sed de gloria le obligaron a abandonar el rincón natal, en circunstancias que ignoramos, no es menos cierto que las primeras impresiones, el cielo y los campos, los *flumina nota* virgilianos, la inmensa llanura del mar contemplada desde el espléndido mirador malagueño... y tantas cosas más que se graban

⁴ Son los siguientes, enunciados por sus primeras palabras: 1.º *‘Aní ha-šar*; 2.º *Hiṭla ceg le-‘enōš*; 3.º *Mešsatí bi-d’agatí*; 4.º *‘Aṭah hōd*; 5.º *Tehil-lat ‘El* (Vid. I. Davidson, en *Introd. a Selected religious poems of Solomon Ibn Gabirol*, Philadelphia, 1923, pág. 129).

para siempre en la memoria y la imaginación infantil, acompañaron de por vida, como placenteras visiones, a aquella alma tan concentrada y sensitiva.

Nada sabemos de quiénes fueran los maestros de S. ibn Gabirol. Por más que el citado I. Davidson afirme: "su precocidad le impidió considerar a nadie como su especial maestro" (*loc. cit.*, p. XIX), no hay duda que su formación intelectual no fue la de un autodidacto, y que tendría sus maestros, primeramente en Málaga, donde a buen seguro recibió su iniciación y reveló sus privilegiados talentos, que sin duda movieron a su padre a trasladarse a Zaragoza, a la sazón emporio del saber y de la ciencia. Es más: su propio padre —como ocurrió a Maimónides y a tantos otros hombres ilustres— fue su primer instructor. Este debió de ser un hombre sabio, de gran reputación, pues su hijo le ensalza en uno de sus poemas nada menos que como "ornamento del mundo (*ʿadī tēbel*). Lo que sí sabemos respecto a su hijo es que, emigrado, en compañía de su padre o acogido por algún pariente o bienhechor, a la ciudad del Ebro, tuvo en la persona de Y^oquti'el ben Ishaq ibn Ḥasán, influyente personaje en la corte de los *tuǧībīes*, un generoso y eficiente Mecenas. A la muerte trágica de éste, endechado por Ibn Gabirol en una elegía de más de 200 versos, el horizonte del joven poeta se entenebreció y hubo éste de buscar asilo en otras latitudes. El visir de la corte de Granada, S^omu'el ibn Nagrella, eminente poeta y mecenas de poetas y escritores, le otorgó durante algún tiempo una protección similar a la de Y^oquti'el; después surgió una desavenencia entre ambos y el genio cáustico y fiera independencia del poeta malagueño no temió lanzar los dardos de su punzante ironía, quizá en el terreno literario, contra el omnipotente visir granadino. Sin embargo, lloró la muerte de éste (1056) en una sentida elegía.

Hasta el año 1045 permaneció en Zaragoza, pero a partir de esta fecha nada sabemos con seguridad acerca de su vida ni de su muerte. Mošé ibn ʿEzra asegura que murió en Lucena, pero más bien se cree fue en Valencia; en todo caso ambas opiniones parecen indicar que moró algún tiempo en esas dos ciudades. La leyenda ha poetizado su muerte, dando testimonio de la celebridad que gozó entre judíos y musulmanes. Cuén-

tase, en efecto, que un musulmán, envidioso de su talento, le mató y enterró bajo una higuera, cuyos frutos llamaron la atención del rey por su extraordinaria dulzura y grosor, lo cual fue causa de que se descubriera el asesinato, cuyo autor fue condenado a muerte.

Añadamos como instructiva curiosidad que Málaga confirió a su ilustre hijo Ibn Gabirol, aunque ya alejado de su ciudad natal, otra inesperada realeza, debida a la complicidad de una confusión filológica. El hecho ocurrió de esta manera. En el recuento de las obras atribuidas a Salomón ibn Gabirol se produjo una interferencia con un supuesto "Rey Salomón, el judío". Yohanán Allemano, maestro del famosísimo Pico de Mirándola (s. XV), en la Introducción a su comentario sobre el Cantar de los Cantares, cita en nombre de un filósofo árabe, Abū Aflah, contemporáneo de Maimónides, nada menos que 17 tratados filosóficos con el título "Estudios del Rey Salomón, el judío", más otros cuatro que hacen un total de 21. El investigador M. Sachs demostró que el tal "Rey Salomón, el judío" no era otro sino nuestro Salomón ben Y'hudá^a ibn Gabirol. ¿Cómo pudo ser elevado a esa realeza, siquiera nominalmente, este pobre, aunque divino, poeta? La explicación es muy fácil a la luz de la Filología. El apelativo *al-malaki*, "el malagueño", acompaña con frecuencia al nombre de Ibn Gabirol; él mismo ocasionalmente lo consiguió en acrósticos de sus poemas, a los que, siguiendo la usanza de la época, era bastante aficionado, como juego de ingenio. Ahora bien: las seis letras consonantes de *'al-mal'ak*, sin el *yod* final específico de los denominativos en árabe, al igual que en hebreo, coinciden casi exactamente, si excluimos el *álef* quiescente que acompaña al *lamed*, con las cinco letras de *al-malik* (*melek* en hebreo), "el rey". De este modo, dice I. Davidson de quien copiamos esta aclaración (*ob. cit.*, p. XXXI), "Gabirol pasó a través de las edades bajo el disfraz de Rey Salomón".

Aparte de esto, conviene añadir que fue costumbre añeja en los escritores judíos, persistente hasta hoy, prestigiar los epígrafes de sus obras con la aureola de sus homónimos bíblicos de gloriosa memoria, formando curiosos juegos de palabras. La estrella luminosa del Rey Sabio se proyectaba sobre el antro-

pónimo de Salomón ibn Gabirol, y bajo esa grata y preeminente égida —*nómina, númina*— nuestro poeta se adscribió el apelativo de *S^elomó^h ha-Qatán*, “Salomón el Pequeño”, en contraposición, sin duda alguna, con aquel otro Salomón “el Grande”. Sin embargo, la posteridad, que tantas coronas de encomios tejió en honor de este Salomón ibn Gabirol, no formuló, a base de este nombre bíblico, un elogio similar al tan conocido que después otorgaría a Moisés ben Maimón (Maimónides): “*Mi-Mošeh^h cad Mošeh^h, lo’ qām cōd k^e-Mošeh^h*” (“Desde Moisés (el bíblico), hasta Moisés (el sefardí), no hubo otro Moisés (comparable a éste)”. No obstante, parodiando ese dicho, aunque ya sin el mérito de la originalidad, pero quizá aun con mayor exactitud, séanos permitido este elogio análogo: “Desde Salomón (el Rey Sabio, poeta y filósofo) hasta Salomón (el poeta-filósofo hispano-judío) no hubo otro Salomón (comparable a éste)”.

III. Obras poéticas y filosóficas de Ibn Gabirol en lengua árabe

Una veintena de obras, aparte su *Diwan*, confiesa Ibn Gabirol haber compuesto, en un poema (Cfr. *supra*, testimonio de Allemano), si bien de la mayoría de las que se le han atribuido, auténticas o no, solamente se conoce el título o, a lo sumo, esporádicas referencias.

Respecto a su producción poética, dice I. Davidson (*loc. cit.*, p. XL): “Compuso más de 300 poemas, la mitad profanos y la mitad religiosos, aparte de la *Corona Real* y las *Azharôt*, que podrían constituir, una y otras, un pequeño volumen por sí mismas”. Y poco después añade: “La fatalidad que cayó sobre sus poemas, tanto profanos como religiosos, es común a todos nuestros clásicos medievales. Con la excepción de la *Corona Real* y las *Azharôt*, perfectamente conocidas, sus poemas religiosos están diseminados por las páginas de los rituales, tan raros algunos de ellos, que son tan inaccesibles como los manuscritos, y en cuanto a sus poesías profanas, se encuentran hasta ahora tan defectuosamente editadas, que virtualmente es como si no hubieran visto la luz” (*Ibid.*, p. XLI).

Si esto ocurrió con los poemas hebraicos de Ibn Gabirol, a los que se refiere el autor, ¿qué extraño que sus poesías árabes sufrieran suerte aún más adversa? “En su poesía profana —asevera el mismo erudito— se hace más ostensible la influencia de la cultura árabe; en sus poemas religiosos mostró un vasto conocimiento del saber hebraico”. Ahora bien, uno y otro caudal cultural necesitaron amplia y esmerada preparación, y para llegar a esa maestría y dominio de la técnica, del lenguaje y de ricos complejos ideológicos y culturales, hubo de pulsar nuestro poeta la lira arábica con amorosa complacencia y rendida dedicación. Por otra parte, sus obras filosóficas, redactadas en elegante prosa arábica, constituyen otro valioso testimonio.

Permitásenos una digresión explicativa. Hoy ya es cosa admitida respecto a la convivencia entre judíos y musulmanes, lo propio que entre unos y otros con los cristianos, durante los ocho siglos medievales de dominio o permanencia del Islam en España, que sus relaciones fueron con mucha frecuencia normales y hasta amistosas, mucho más de lo que se trasluce en los antiguos cronistas e historiadores de uno y otro bando, a menudo apasionados, incompletos y hasta errados o no bien interpretados por la posteridad.

En los animados círculos literarios y justas poéticas que florecieron durante la época esplendorosa del Califato, como igualmente, y hasta en grado superior, en las bulliciosas cortes de Taifas, tomaban parte activa eruditos y poetas judíos en noble lid con los ingenios musulmanes. Uno de los atractivos de esas reuniones y torneos literarios eran las improvisaciones y hasta desafíos poéticos entre los concursantes, en lo que se llevaba la palma el más experto, ingenioso o brillante. A veces también surgían discusiones y polémicas sobre vidriosas materias religiosas, cuestiones filosófico-teológicas o interpretaciones de la Biblia, el Corán y hasta los Evangelios. Esas apasionadas reuniones de poetas, literatos, eruditos de toda laya, atestiguadas por numerosas referencias, se reflejan en las famosas *Maqamas*, género misceláneo, que tan en boga estuvo entre los árabes. Recuérdese asimismo que Y^hudá al-Harizí tradujo al hebreo la colección más famosa, las *Maqamas* de Al-Harirí, y, además, compuso una obra original del mismo estilo,

el *Taḥkemoni*, donde se habla de numerosos escritores hispano-judíos.

Cuando críticos o eruditos alaban a porfía y reiteradamente el talento y superiores dotes de nuestro poeta, en los subidos términos que seguidamente transcribiremos, es seguro que no se refieren exclusivamente a sus poemas religiosos o profanos (florales, amorosos, amistosos, festivos), que también los tiene, como antes dijimos, compuestos en lengua hebrea, sino a otros muchos, en lengua árabe, que tan perfectamente dominaba, y que le abrió las puertas para la renovación, que tan brillantemente llevó a cabo, de la vieja y venerable poesía de la Biblia. "Fue llamado 'caballero de la palabra y maestro de la poesía' —dice de él Moṣé ibn 'Ezra—; sus palabras son delicadas y tiernas, y sus temas conmovedores. Todos los ojos inteligentes estaban vueltos hacia él, y aun los envidiosos le señalaban con gesto de admiración... Aquel joven poeta compuso poesías laudatorias y elegíacas, y se entregó a las más profundas meditaciones. Compuso canciones muy dulces, cantando la belleza y el amor, y se distinguió asimismo en la poesía didáctico-moral".

Reflejo de esos torneos y competiciones poéticas son no pocas expresiones que esmaltan los poemas de Ibn Gabirol, y ostensible manifestación de sus triunfos, que acrisolaban su personal valía y le conferían irreprimible sentimiento de superioridad respecto a sus coetáneos:

*"Es mi boca una espada y una lanza mi lengua,
en mis labios se asienta mi escudo y mi troquel..."*

*"Yo soy el vate y es mi esclavo el ritmo,
yo soy arpa de músicos poetas,
corona de los reyes son mis versos
y en las sienas de príncipes diadema."*

Es claro que tales reyes y príncipes no podían ser judíos, sino monarcas musulmanes, que en tan subido número pululaban en aquella época de Taifas.

Ibn Gabirol intervino, pues, con brillantez y buena estrella jamás eclipsada, en esas reuniones literarias, no solamente en la corte zaragozana de los *tuḡibíes* durante los años de juven-

tud que el poeta pasó en aquella ciudad, sino también en otros lugares, como la famosa Academia de Lucena, casi verdadera Universidad, Granada, donde ejercía el visirato en la corte zirí el antes citado Ibn Nagrella, y Valencia, donde probablemente murió.

“En el desenvolvimiento de todo este mundo poético, la sensibilidad de Ibn Gabirol tenía forzosamente que traducir la realidad poética que le rodeaba, según los moldes y troqueles consagrados por la literatura ambiente, o sea por la literatura arábica, entonces tan floreciente en la España de los Taifas. En efecto, la influencia es grande sobre nuestro poeta.” Así se expresa el Prof. Millás, y detalla a continuación las diversas clases de composiciones, según la temática al uso entre los poetas árabes, afirmando que “igual decisiva influencia se nota en los tópicos de expresión, en las metáforas y alusiones, en las imágenes, coruscantes y tensas” (*S. ibn Gabirol, como poeta y filósofo*, pp. 24-25). Aunque todas estas consideraciones se aduzcan a propósito y como preámbulo de los poemas profanos de la musa gabiroliana, que a continuación se insertan, compuestos en lengua hebrea, repetimos una vez más que antes hubo de ejercitar largamente su juvenil inspiración en las *qaşidas*, *nawriyyāt* (poesías florales), *tagazul* (elogios a la amada), *jamriyyāt* (jocosas), *martiyyāt* (elegías), etc., de la poesía arábica, lo propio que hicieron los demás conspicuos poetas hebraico-españoles de aquellos siglos. Después transplantó muchas de esas flores a los vergeles bíblicos y sinagogales, que tan amorosamente cultivó.

No se concibe que una influencia tan amplia y profunda de la poesía árabe coetánea en la musa hebrea de Ibn Gabirol dimanara solamente de un conocimiento teórico, aunque perfecto, de las leyes y secretos, primores y bellezas de aquélla, en su métrica y su temática, sino que implicaba forzosamente el cotidiano ejercicio durante sus años mozos de ese difícil arte, tanto más que el árabe era su lengua nativa, estudiada además en las academias y centros culturales musulmanes. Incluso se han señalado algunos arabismos en sus poesías hebreas. No requería, por tanto, particular esfuerzo, cual si se tratara de una lengua extraña; en todo caso, menos natural, a esos efectos, había de ser esa segunda lengua, el hebreo, estu-

diada en el hogar y al arrimo de la cultura religiosa sinagoga, que como delicada flor de estufa se cultivaba en los mustios vergeles de la judería, y que el mismo Ibn Gabirol y demás poetas notables hebreos tuvieron que revivificar y adaptar a las necesidades artísticas e ideológicas de la época.

Sabemos que al poeta y gramático Dunaš ben Labraṭ, que floreció en los albores de la literatura hebraicoespañola, en tiempos de Ḥasday ibn Saprut (segunda mitad del siglo X) cabe la gloria de haber abierto nuevas vías e insospechados horizontes a la poesía hebraico-medieval, hasta entonces sujeta a los viejos módulos bíblicos y los fluctuantes de los *payṭanim* (poetas litúrgicos de los siglos VI a IX) mediante la adopción de la métrica y también la temática de la poesía árabe —o más concretamente, árabe-española—. Pero “Gabirol was the first of the Hebrew poets to elaborate the use of the strict Arabic meter introduced by Dunash ben Labraṭ”, leemos en “The Jewish Encyclopedia” (t. VI, p. 523).

El antes mencionado Prof. Millás insiste en las múltiples y profundas influencias de “la lírica árabe en la temática, en la imaginería tropológica”, como también en “influencias más externas, de estilo, de métrica, de forma rímica”, indicando además que nuestro poeta se esforzó en lograr para la lengua hebrea “la agilidad y turgencia poética de la árabe”, y saturó los “ecos bíblicos” y las “reminiscencias sinagogaes”, que impregnan sus poemas religiosos, como en gran parte, a imitación suya, harían después otros muchos poetas hebraico-españoles, “con aromas venidos de los arriates floridos de la poesía árabe” (*ob. cit.*, pp. 25-26).

Naturalmente, si esto se produjo en las mismas poesías religiosas, *a fortiori* sucedería en las profanas antes indicadas, en que tan alto rayó el numen inspirado de Ibn Gabirol.

Como colofón a las consideraciones precedentes acerca de los méritos de Ibn Gabirol como poeta egregio en lengua árabe —primera parte de esta disertación—, y aunque ello parezca amarga ironía en vista del sino adverso de esos poemas, hemos de agregar que nada absolutamente nos queda de toda

esa brillante producción ⁵. Ello no obsta, sin embargo, para que sea un deber resaltar esa faceta en un poeta de los mayores que han existido, por varias razones. *Primera*, porque aun las producciones del ingenio humano que han sido devoradas por el avatar de los siglos, han ejercido poderoso influjo en los espíritus y han dejado huella, por lo tanto, en la cultura humana; *segunda*, porque es un dato de excepcional interés para conocer mejor todo el complejo psíquico, intelectual, artístico, filológico de Ibn Gabirol; *tercera*, porque ese substrato poético tan poderoso en el numen de nuestro poeta constituido por las valiosas esencias arábicas, influyó decisivamente en las creaciones del mismo que se nos han conservado, plasmadas en la lengua hebrea, remozada al efecto, de temas religiosos, filosóficos y, en menor escala, también profanos. Estas razones justifican sobradamente y hasta imponen con caracteres de obligatoriedad, la atención preferente y documentada que insistimos de todas veras debe prestarse a la faceta arábica en la persona de Ibn Gabirol, so pena de dejar en la penumbra muchos e importantes factores de su genio poético. El introdujo en la poesía hebrea no pocos ornatos de la arábica medieval, como son la *ríma*, tan constantemente empleada por él y que sólo esporádicamente hace su aparición en la poesía bíblica, los *acrósticos nominales*, desconocidos totalmente en ésta, y, sobre todo, el *ritmo cuantitativo*, ajeno por completo a la métrica bíblica, y aun diríamos a la naturaleza misma de los vocablos hebreos.

Pasemos al segundo punto de nuestro estudio: *Ibn Gabirol como prosista y estilista árabe*, en las tres obras que de él se nos han conservado, las tres de contenido filosófico: *Fuente de la vida*, *Libro de la corrección de las caracteres* y *Selección de perlas*, compuestas en lengua árabe.

A) La obra cumbre de índole filosófica del gran poeta-filósofo es la titulada en árabe *Yanbu' al-ḥaya*, original que se per-

⁵ Entiéndase ninguna composición o fragmento apreciable. Notemos, sin embargo, que una poesía, en la que se mezcla algún estico árabe, termina con seis versos nada menos en neta dicción árabe.

dió, dando lugar a una confusión en cuanto a su autor, pero afortunadamente tenemos una traducción latina completa titulada *Fons vitae*, realizada en 1150 por los famosos traductores de Toledo el converso Juan Hispalense y Domingo Gundisalvo, arcediano de Segovia, y también un resumen hebreo titulado *Liqqutim min Séfer Meqor hayyim* ("Selecciones del libro Fuente de la vida"), debido al judío *Sem Tób ibn Falaquera*. La tesis fundamental de esta obra se basa en que todo cuanto existe consta de materia y forma, y la *materia universalis* es el substrato común. A esta obra debió Ibn Gabirol su máxima celebridad, y ha sido estudiada, analizada y comentada profusamente. En su versión latina corrió bajo el nombre de Avicbrón, que nadie pensó fuera el gran poeta que nos ocupa, aparte de algunos atisbos precedentes, hasta que el gran investigador Munk puso en claro la identificación de ese nombre extraño y corrompido con el de Ibn Gabirol, mediante el cotejo del indicado texto latino con el susodicho resumen hebraico. La ausencia del original árabe y de juicios de autores medievales acerca de sus valores literarios ha limitado los comentarios de la obra a su aspecto doctrinal. Sin embargo, por razonable deducción hemos de suponer que en esa obra, dentro de lo abstruso de la materia, brillarían las cualidades de nitidez y precisión, dominio del léxico y fluidez fraseológica que son galas del estilo gabiroliano, las mismas que advertimos en una de sus dos obras menos filosóficas, conservada en su original árabe. Quizá no sea temerario aplicar también a esta obra las siguientes afirmaciones del Prof. Millás referidas al numen poético de Ibn Gabirol: "Caracteres específicos de la poesía gabiroliana son la profundidad y alteza de sus concepciones, el pujante valor de su mente, que se mueve con desembarazo entre las ideas más abstractas, a las que sabe comunicar calor y vida" (*La poesía sagrada hebraicaespañola*, p. 82). Conocido es, por otra parte, el particular encanto que suele respirar la prosa de los grandes poetas.

Fue Ibn Gabirol el primero de los escritores judíos occidentales que abordó temas filosóficos, y a escritores árabes debió primordialmente su formación filosófica, lo propio que la literaria. Es de notar sobre todo la influencia del cordobés Abenmasarra, neoplatónico (883-931).

Pero la influencia de fondo y forma es contenido y estilo de los poetas y prosistas árabes en Ibn Gabirol no se limitó a sus obras cumbres, sino que su filiación arábiga se hace ostensible igualmente en las *opera minora*, como las dos que a continuación estudiamos.

B) *Kitāh iṣlah al-ajlāq*, "Libro de la corrección de los caracteres", fue compuesto por Ibn Gabirol en Zaragoza el año 1045, el mismo en que abandonó la ciudad, y a requerimiento de algunos amigos deseosos de tener alguna ilustración acerca de las cualidades humanas y métodos para el mejoramiento de las mismas. Es, pues, un tratado de Ética. Hacen notar los críticos que comparado Ibn Gabirol en este aspecto con su predecesor S^cadyá y sus sucesores Baḥya ibn Paquda, en quien positivamente influyó, y Maimónides, aparece situado en un plano especial, planteando sus principios éticos con independencia de las creencias religiosas o el dogma.

La obra fue traducida al hebreo por Y^chudá ibn Tibbón, el llamado "padre de los traductores", con el título *Tiqqûn middôt ha-nêfeš* en 1167, y el único manuscrito del texto original arábigo, conservado en la *Bodleian Library* oxoniense fue publicado, juntamente con la traducción inglesa (N. York, 1901), por S. S. Wise. El estilo de esta obra es lúcido, fácil, asequible a cualquier lector, en consonancia con las circunstancias de su composición, y exento de razonamientos discursivos. "Puede considerarse —dice el Prof. Millás—, más que como un tratado filosófico, un manual práctico de educación, que, en parte recuerda el de su contemporáneo Ibn Ḥazm sobre *Los caracteres y la conducta*" (*S. ibn Gabirol...*, p. 61).

C El *Mujtār al-ḡawahir*, o "Selección de perlas", es una compilación de 652 sentencias, distribuidas en 64 capítulos, que contienen máximas, proverbios, apotegmas, de índole ética, espigados en los escritores árabes y griegos, así como también en la Biblia y el Talmud. Es éste un género literario de antiguo y prestigioso abolengo oriental, muy cultivado por los árabes y judíos. El original arábigo de esta obra, cuya paternidad gabirliana se discutió algún tiempo, aunque hoy parece plenamente confirmada, también se perdió; en 1929 publicó M. N. Sokoliff dos folios.

La traducción hebraica realizada por el antes mencionado

Yehudá ibn Tibbón adquirió gran predicamento y popularidad, y ha servido de base para numerosas versiones al latín y otras lenguas europeas. La edición *princeps* se publicó en 1484 (Soncino).

Como precedentes de esta obra hay que citar, aparte de otras colecciones árabes y hebreas, el Florilegio de sentencias morales compilado por Hunayn ben Ishaq (que vertió al hebreo Al-Harizi) y la recensión aumentada de Mubaššir, “que es el original árabe del cual deriva el célebre *Bonium* o *Bocados de oro*, y una larga familia de traducciones europeas” (Millás, *ob. cit.*, p. 67 n.).

El carácter concentrado e introverso de nuestro poeta-filósofo, hombre amante de la soledad, los libros, la belleza pura, la verdad inmaculada y eterna, se refleja en esta obra, fruto de largas horas de lectura, estudio y dulce paladeo de los escritos de esos próceres ingenios de la humanidad, cuyas flores más exquisitas se recogen en esta Selección. Sabiduría y poesía se entrelazan íntimamente en los libros sapienciales de la Biblia, y prueba del gran fondo poético que esas sentencias encierran es el hecho de que José Qimhí, aparte de otra versión hebraica en prosa, la pusiera en verso, con el título bíblico *Sèqel ha-qódeš* (“El siclo sagrado”, Ex. 30¹³).

Como cualidades de estilo de esta obra, en cuya elaboración ya se entiende no fue Ibn Gabirol un frío coleccionista y mucho menos un plagiario, sino que en ella puso su nota personal, aparte de las indicadas esencias filosófico-poéticas, hay que señalar la concisión, sutileza y profundidad, que nada tienen que envidiar al refinamiento senequista. En la máxima n.º 350 inculca el justo medio y ponderación entre idea y dicción: “Mucha labia y poco intelecto, implica captación; mucho intelecto e inexpressividad, vituperio; el ideal es que lo uno hermosee lo otro”.

IV. *Semblanza y apreciación literaria de Ibn Gabirol*

Fue S^elomó ibn Gabirol, en frase feliz de Heine, “poeta entre los filósofos y filósofo entre los poetas”; ambas facetas, en efecto, resumen su personalidad literaria. Pero, como observa Israel Davidson, “veía má allá que un poeta común, y sentía

más profundamente que un filósofo ordinario" (*Ob. cit.*, p. XV), que equivale a decir fue eminente en ambos aspectos.

Ya hemos visto es muy poco lo que se sabe acerca de su vida, y aun eso en parte adornado con arrequives de leyenda. En cuanto a sus ideas y sentimientos, contenidos o reflejados en sus obras, él mismo advierte como norma de juicio (máxima n.º 215): "Las ideas de una persona están en sus escritos, mas sólo un certero criterio puede elucidarlos".

El erudito inglés B. A. Ascher, primer traductor a su idioma de la *Selección de perlas* (Londres, 1859), traza en el *Pre-fa-ce* la siguiente semblanza del que llama en la portada del libro, con frase del traductor hebreo Y. Ibn Iibbón, "padre de los poetas y afamado filósofo" (*hakam ha-pilosóf, 'abí kol ha-mšorérím*): "Iniciado en el conocimiento de la antigüedad clásica, versado en la erudición, sabiduría y bellas letras árabes; enaltecido, refinado y enriquecido por el numen creador, imaginación y sublime inspiración de los profetas y sabios hebreos; iluminado por la genial Filosofía de Aritóteles, Ptolomeo y otros, que procuró ingertar en la literatura hebrea, con la mira puesta en la ilustración del hombre y el despertar de sus energías, el genio de Gabirol adoctrinó, recreó y educó a la humanidad. En él se armonizaban varios talentos, suficientes cada uno para situarle a la cabeza de los benefactores de su tiempo y de la posteridad. El ardor y la pujanza caracterizan sus excelsas melodías e inspirados pensamientos. Su corazón siempre ardiente en lo divino y lo humano, sus odas e himnos, tanto sagrados como profanos, exhalan un espíritu de piedad y amor que siempre serán estimados y mirados con orgullo por nuestra nación —*es un judío quien lo escribe*, pero añade— y por todos cuantos sean capaces de apreciar la profundidad de sus pensamientos y la sublimidad de su dicción" (*Ob. cit.*, pp. IX-X).

Fue Ibn Gabirol sublime poeta, profundo filósofo, certero moralista. Graetz le llama: "el Platón judío", y Steinschneider llegó a calificarle como "el escritor filosófico más original entre los judíos y los árabes". Su papel en este campo fue algo semejante al de su correligionario Filón de Alejandría. Este actuó como intermediario entre la Filosofía helénica, especialmente la platónica —"o Filón platoniza, o Platón filoniza", se dijo con ingenioso retruécano—, y el mundo oriental; y Ga-

birol, mil años después, “occidentalizó”, transmitió a Occidente, la filosofía grecoárabe y contribuyó a su difusión por Europa. Ambos filósofos, por extraña paradoja, ejercieron mayor influencia en círculos extraños al judaísmo. Ha habido incluso quien ha señalado otro paralelo, de Ibn Gabirol con el famoso Spinoza, pero aquí hemos de limitar mucho las analogías o coincidencias.

Algunos renacentistas, como Giordano Bruno (s. XVI), creyeron que Ibn Gabirol era un escritor árabe. Antes, el teólogo Juan Duns Scoto (s. XIII-XIV) le creyó cristiano, y, contrariamente a Sto. Tomás, que combatió algunas doctrinas gabirolianas, el franciscano las acogió con gran entusiasmo, especialmente en su tratado *De rerum principio*, compuesto en Oxford, en el cual no teme emplear expresiones un tanto osadas, como ésta: “*Ego autem ad positionem Avicembronis redeo*”.

El espléndido collar de los 652 perlas o sentencias elaborado por Ibn Gabirol con ricos primores y aderezos arábigos ocupan —o más bien deben ocupar— un puesto de honor al lado de obras más o menos similares de la literatura universal, de un género que empezó en el remoto Egipto con las Máximas de Ptahhotep, “consideradas, con razón, como el más antiguo libro del mundo” (B. Celada), que tuvo espléndida floración en los *Miślê S^elomō^h* o “Libro de los proverbios” de la Biblia, se manifiesta en las *Sentencias* (en número de 722) de Publilio Siro y los *Pensamientos* del emperador Marco Aurelio, en la antigüedad clásica, en los *Adagia* o *Apotegmas* del renacentista Erasmo de Rotterdam, y en las famosas *Máximas* de La Rochefoucauld. Pero la obrita de Ibn Gabirol atesora además el mérito, sobre todas éstas, de constituir una síntesis de toda esa sabiduría, bíblica y árabe, griega y latina.

El *Kitāb iṣlah al-ajlāq* (“Libro de la corrección de los caracteres”) merece asimismo figurar al lado de los *Caracteres* de Teofrasto, *Les Caractères* de La Bruyère y la antes citada obra de Ibn Ḥazm de Córdoba.

Ambas obras morales se compusieron en lengua árabe por un doctísimo estilista, perfecto conocedor de los recursos de ese idioma, al par que profundo filósofo y altísimo poeta, sabio maestro y erudito literato. La conjunción de todos estos

factores, en grado eminente, produjo obras tan ricas de contenido como amenas en su dicción.

Añadamos a los anteriormente citados elogios de Mošé ibn 'Ezra, éste otro del mismo: "Ibn Gabirol, aunque era el más joven de los poetas de su generación, sobresalió sobre todos ellos por sus cualidades literarias, aun siendo la mayor parte de ellos poetas distinguidos, cuya poesías y composicionen eran dulces y agradables".

El elogio que Al-Ḥarizí stampa en su *Taḥkemoní* en honor de S'lomó ibn Gabirol es pomposo y está todo él esmaltado de alusiones bíblicas: "Todos los poetas contemporáneos son ante él vanidad y mentira. El solo vale por mil; sólo él escaló el peldaño más alto de la poesía... Todos los poetas que le precedieron y sus poesías, comparadas con las suyas, son viento y nadería. Los que tras él vinieron no se le pueden comparar; todos han aprendido de él y de él han recibido el espíritu de la poesía: Dios le ungió rey de la poesía de su pueblo. Cantar de los Cantares es el canto poético de S'lomó. Por satisfechos se pueden dar los mejores poetas con entender sus profundas poesías".

Terminaremos este breve estudio de una figura tan grande como es Ibn Gabirol recordando que Menéndez Pelayo se ocupa de él en su *Historia de las Ideas estéticas en España* (t. I), y en la *Historia de la poesía castellana en la Edad Media* (t. I). Una vez más repetiremos el tan conocido elogio del maestro cuando afirma que "algunas poesías líricas, ya himnos, ya elegías, le colocan, lo mismo que a su compatriota Judá Leví en puesto superior a todos los poetas líricos que florecieron en Europa, desde Prudencio hasta Dante". "La inspiración de Ibn Gabirol —dice asimismo— es muy propia y personal suya; consiste en cierto lirismo melancólico, templado por la fe religiosa, con la cual se amalgaman más o menos estrechamente la ideas de la filosofía griega". Y refiriéndose al poema cumbre de nuestro poeta: "La elevación de los pensamientos, la belleza de las imágenes y la elegancia del estilo hacen del *Kèter Maljut* una de las producciones más sublimes de lo poesía filosófica", encomio que en cierto modo puede hacerse extensivo, dentro de los géneros respectivos, a la restante producción gabiroliana.

Las fuentes donde bebió, los modelos que le sirvieron, el ambiente que le educó y formó quedan anteriormente delineados. Este es S^elomó ibn Gabirol, "caballero de la palabra y maestro de la poesía", que entre sus muchos y relevantes título ostenta, asimismo, el de excelso poeta y refinado estilista en lengua árabe.

David Gonzalo Maeso